

Sería demasiado simple —y, por lo tanto, un acto de desconsideración— definir al arquitecto Antoni de Moragas, que acaba de fallecer, sólo en los términos de su continua capacidad de impulsar y, en cierta manera, presidir tantos esfuerzos de institucionalización cultural en Cataluña, durante los últimos 40 años, desde la resistencia y desde la recuperación. La tentación de hacerlo se apoya, en mi caso, tanto en la facilidad que da el reconocimiento público de esas cualidades como en el gusto en recordar, ahora, la historia de tantos acontecimientos en los que hemos coincidido como protagonistas o como consumidores, y en los que se desgranaban los recuerdos más entrañables de una vieja y permanente amistad.

Me encantaría detenerme, por ejemplo, en las anécdotas que precedieron a su decisión de hacerse cargo de la Vicesecretaría y luego la Secretaría del Colegio de Arquitectos ya con el firme propósito de utilizar una institución para afirmar beligerancias culturales que se formularon en seguida en los famosos ciclos de conferencias de Sartoris, Pevsner, Roth, Bardet, Aalto, etc. Me emocionaría actualizar la historia del Grupo R y reanalizar el papel trascendental que en ella tuvo Moragas, sobre todo por su empeño en definir claramente la estructura pedagógica y divulgadora del grupo y hasta la capacidad de intervención política y social frente a quienes lo preferían en un aristocrático aislamiento que se disfrazaba de elegantes apoliticismos. O la esforzada fundación de todo el movimiento para el Diseño Industrial que se institucionalizó en una famosa cena en el desaparecido «Glacier» de la plaza Real, con Gio Ponti a la cabeza, y que acabó en la fórmula definitiva del ADIFAD. O las campañas —¡inútiles campañas!— para exigir un mayor respeto a la obra de Gaudí en el arduo problema de la continuación de la Sagrada Familia. O el entusiasmo en la creación de los «Pequeños Congresos» de Arquitectura y Urbanismo —cuya primera lista de asistentes se redactó durante una cena en su nuevo ático de la vieja casa Gallissà de Barcelona— que entre los 60 y 70 definieron el contenido más vivo de la polémica arquitectónica y urbanística y que iniciaron una definitiva relación con la cultura internacional.

Hay más aspectos en los que lo personal, lo cultural y lo político se entremezclan entrañablemente en los recuerdos. Su paso por el Decanato del Colegio —culminación de aquella voluntad de revolucionar las instituciones— fue el logro de dos acciones sustitutorias: la refundación de la Comisión de Cultura fue una tribuna de estudio y discusión más allá de lo profesional y su presencia en la *Caputxinada* fue un ejemplo de civismo, de saber llevar el compromiso personal en la actitud democrática de la representación.

El desgranar de los recuerdos seguiría definiendo ese Moragas atento y presidenciable: el FAD, Omnium Cultural, Edigsa, Edicions 62, el Consejo Asesor de Cultura, etc. Pero esa visión fácil e inmediata de la vida y la obra de Moragas no me parece suficiente ni siquiera para una primera aproximación. Moragas no era un «presidenciable», sino un «guerrillero». Quiero decir que detrás de cada batalla no había sólo una voluntad de institución o de estructura: había la premisa de una subversión en la ideología y en el funcionamiento de las instituciones.

Desde los últimos 40 Moragas había formulado muy claramente sus ideales, no sólo en lo que podríamos llamar actitud cívica, sino también en su profesión de arquitecto, en sus opciones frente a las tendencias que la encrucijada de la arquitectura le ofrecía. Ha sido seguramente el arquitecto catalán más consecuente con una idea de modernidad, convencido

de que esa era la que correspondía al «pálpito» de su tiempo y al tono y las características de la situación cultural y social de Cataluña. La modernización de las instituciones debía de pasar indefectiblemente por la modernización de los contenidos. Para Moragas lo moderno —en arquitectura como en cualquier otro ámbito cultural— fue siempre la sutil madurez revisionista de las vanguardias en el preciso balance de la Europa de los 50. Esa modernidad daba por primera vez la doble consideración de la historia y del progreso como parámetros indeclinables y, a lo largo de los años se ha mostrado mucho más persistente y menos manipulable que la argüida por los idealismos abstractos del progreso o la reivindicada por los reaccionarismos de la vuelta atrás y la reivindicación del premoderno.

En toda su labor cívica y cultural, se encuentran las mismas raíces que en su arquitectura: las referencias devotas a los empirismos nórdicos en sus casas de la calle Gomis; la ironía artesano-tecnológica de casi todos sus muebles y sobre todo, de su parroquia de Badalona; la proclama aaltiana en algunos de sus cines donde el elemento ornamental se antepone a las mismas estructuras espaciales como queriendo explicar el contenido con las imágenes más traducibles; el complicado gusto simultáneo por lo artesanal y por la vulgaridad industrial que le permitía aceptar en un mismo patrón la cruz de término de Argentona, el vaso conmemorativo del FAD y la magnífica escalera móvil de su vivienda en Barcelona. Todo ello está en el código clarísimo de sus preferencias. Me atrevería, incluso, a afirmar, que la modernidad de Moragas partía casi directamente de la modernidad interpretada por su gran amigo Nikolaus Pevsner: el gusto por la historicificación de lo moderno y la justificación histórica de lo revolucionario. Es una actitud «guerrillera» que conlleva, eficazmente, la responsabilidad de la actitud institucionalizadora.

Recuerdo que en las largas horas de espera y discusión en los jardines de los Capuchinos de Sarrià aquel marzo de 1966, me dijo como conclusión de un debate en el que, como siempre, estábamos a la vez de acuerdo y en desacuerdo, que algún día lograríamos definitivamente una Cataluña democrática en la que él y yo podríamos sentarnos cómodamente en los escaños de dos partidos en oposición y no nos veríamos obligados a acabar estando siempre de acuerdo. La Cataluña democrática la hemos logrado, pero, tu muerte, inolvidable Antoni, ha llegado demasiado pronto para que nos hayamos podido dar el lujo de estar en campos opuestos, en los problemas que realmente nos interesan, hemos vuelto a estar codo con codo. Y no sabes cómo lloraremos cada vez tu ausencia, al faltarnos en cada episodio tu entusiasmo, tu inteligencia y tu bondad.



Foto: Antoni de Moragas i Spà.

ANTONI MORAGAS: MÁS GUERRILLERO QUE PRESIDENTE

Oriol Bohigas